

Sombra de una sombra que pasa, Empédocles nombrada

Escribe: DARIO ACHURY VALENZUELA

Con el objeto de que el lector valore con la mayor precisión posible el sentido y alcance de la fábula "Empédocles en Bogotá", imaginada por el escritor francés Georges Fradier, incluso por éste en su libro *Midas* (París, Calmann-Lévy, 1963) y cuya traducción podrá leerse después de este proemio, con tal objeto —repetimos— juzgamos necesario dar aquí someramente una elemental información sobre la persona y obra de Empédocles, contemporáneo de Anaxágoras y Demócrito. Nació aquel en Agrigento y vivió en la primera mitad del siglo V y buena parte de la segunda. Si nos atenemos a Diógenes Laercio, no es posible llegar a saber a ciencia cierta quiénes fueron sus padres y antecesores, ni quiénes sus maestros, ni cuáles y cuántas las obras que escribió.

Si nos remitimos a los escasos fragmentos que de su libro, intitulado *Las purificaciones* o *Lustraciones* (*Katharmoi*), han sobrevivido, quedamos enterados de que Empédocles encarnó una personalidad múltiple: político, filósofo, poeta, orador, médico, taumaturgo, "domador de vientos", precursor de la ecología, y como si todo esto fuera poco, se proclamó también dios inmortal. Antes de ser hombre fue mancebo y doncella, árbol y pájaro, y pez atrapado en el fondo de los mares. (*Ede gar pot'ego genomen koyros...*).

Precursos de ya extinguida y desueta fauna de los jipis, Espicteto usaba el cabello largo, porque nunca en su vida permitió que profana mano de peluquero tonsurara su cabellera. Era el único en calzar sandalias de bronce, vestía cortas y ajus-

tadas túnicas, ceñía su cabeza con blancas ínfulas de lana virgen y con abigarradas guirnaldas de flores, agitaba las cintas délficas en su diestra y se ufanaba de que siempre le siguiera un nutrido cortejo de hombres y mujeres que lo adoraban.

Fue este Empédocles agrigentino el que lentamente, con sus doctrinas acerca de la transformación de los elementos, en virtud de las fuerzas opuestas de la concordia y la discordia, del amor y del odio, transformación que niega nacimiento y muerte y afirma, en su lugar, un eterno retorno; fue este Empédocles, repetimos, el que lentamente fue minando el misticismo ortodoxo del joven e inexperto estudiante de filosofía Marc-Antoine Girard, alumno del Colegio de Lausana, carne de psiquiatras, frecuente huésped de las llamadas casas de reposo y a quien uno de sus amigos, teólogo de Friburgo, le puso el apodo de "medio-nacido". Después de todo, a Girard lo obsesionó la muerte de Empédocles como 162 años antes había obsesionado a Hölderlin. La muerte de Empédocles, claro está, ajustada a la versión de que se arrojó al Etna para recobrar su divinidad, porque, como luego se verá, fueron muchas las leyendas que se tejieron acerca del modo o manera como murió el autor de *Las lustraciones*.

Este camino que lleva de Agrigento al Etna, fue el que subconscientemente influyó en Girard para viajar a Bogotá, con el fin de averiguar por qué los suicidas del Tequendama dejan unos versos escritos sobre una piedra o en el pedestal de la Virgen que se alza cerca de la catarata, antes de arrojarse de cabeza al tronitoso abismo. Ya verá el lector, cuando lea la traducción de la fábula "Empédocles en Bogotá", en qué forma culminó la apasionada y apasionante investigación de Marc-Antoine Girard, alumno de filosofía del Colegio de Lausana, a quien un teólogo helvecio, paisano suyo, por algo lo apodó "el medio-nacido". Leída esta peregrina fábula de monsieur Fradier, se pregunta uno ¿qué tendrán las aguas del río Bogotá al precipitarse por el roquedal del Tequendama, que no tengan las espejeantes aguas del lago Lemán? ¿O las del Niágara? Y también cabe aquí preguntar si a los bogotanos les acontece lo mismo que, según Cicerón en su *Somnium Scipienis*, les pasaba a los que por vivir cerca a las cataratas del Nilo, llamadas Catadupa, ya no oían el estruendo de sus aguas al precipitarse "ex altissimis montibus", acostumbrados como estaban a oírlo des-

de que nacieron y, además, porque esa gente "propter magnitudinem sonitus sensu audiendi caret".

Por eso aconsejamos a los lectores colombianos, singularmente a los bogotanos, que comprueben qué efectos ensordecedores ha causado en sus oídos la vecindad del Salto de Tequendama, efectos que no les han permitido percibir muchas cosas de las que percibió con mucha sagacidad el oído del suizo Girard, acaso por la sencilla razón de no haber nacido en los contornos de nuestra ahora sí de verdad famosa catarata. Famosa porque hace 16 siglos Empédocles de Agrigento escribió en su libro *Katharmoi* un verso destinado por las fuerzas ocultas y opuestas del amor y la discordia, a alternar con otros de Dante (tomados estos de la *Vitu Nuova*), para servir de testamento poético a un nunca antes imaginado suicida del Salto de Tequendama, quien póstumamente suscitó una muy sonada polémica literaria entre un cronista, mejor dicho, un eruditísimo dantista de *El Espectador*, por una parte, y un profesor universitario, helenista consumado, y colaborador de *El Tiempo*, por otra. En resumidas cuentas, ambos contendores acertaron, si bien a medias, a descifrar el origen literario del testamento poético del extraño suicida. El crítico de *El Espectador* reclamó la herencia de Dante y el de *El Tiempo* la de Empédocles de Agrigento. Ahora solo resta descifrar el postrer y acaso más trascendental enigma: ¿Cuáles fueron, allá por los años 50, esas portentosas críticas de *El Tiempo* y de *El Espectador*? ¿Existieron de verdad, o son seres tan fantásticos como los personajes de la opera de cámara de Gian Carlo Menotti: "El unicornio, la górgona y el martícora" o "Los tres domingos de un poeta"?

EMPEDOCLES POLITICO

Aristóteles, al hablar de Empédocles, dice que en materia de ideas políticas fue siempre hombre independiente, ajeno a las pretensiones de mando, como lo demostró cuando rehusó el reino que el pueblo y sus dirigentes alguna vez le instaron a aceptar; pero, cuantas veces la ocasión se presentó, siempre demostró su adhesión a la democracia y su repudio a la oligarquía y a la dictadura de los tiranos. Empédocles —según Diógenes Laercio— disolvió la multitudinaria asamblea llamada "de los mil" para sustituirla por un consejo trienal de magis-

trados, integrado, no solo por los ricos, sino también por personas conecedoras de las necesidades del pueblo y de los problemas del proletariado siciliano.

Sin embargo, a Timeo no le pareció ser Empédocles hombre de muy arraigados pensamientos y procederes republicanos, como lo demostró en algunos petulantes versos egolátricos, en que se jacta de su divinidad:

“Os saludo. A vosotros llego, no como un simple mortal, sino como dios imperecedero”.

(“Jairet’ego de ymin theos ambrotos oyketi zyetos”).

En otro pasaje de sus *Lustraciones* (*Katharmoi*) abunda en sentimientos y ostentaciones que no son precisamente los de un hombre que se precia de ser demócrata entrañable: “¡Oh amigos que habitáis las empinadas calles de la urbe magna, edificada a orillas del dorado Akragante, entregados a los nobles trabajos en que sois tan diestros y acogiendo al extranjero, de su persona respetuosos, y libres de cualquier mancilla!... Camino en medio de todos como es preciso, colmado de honores, ceñida la cabeza de diademas, de guirnaldas y coronas de flores. Tan pronto como llego a vuestras nobles y florecientes ciudades me veo acosado por inmensas multitudes de hombres y mujeres que me adoran. Por millones acuden a mí para preguntarme por el camino que conduce a la riqueza. Otros pretenden conocer el porvenir; y aquellos a quienes las enfermedades agobian y se ven atormentados por insoportables dolores, se muestran ávidos de escuchar mi palabra que toda dolencia sana”. (*“O filoi, oi mega asty kata xanthoy Akragantos, etc.”*).

EMPEDOCLES FILOSOFO

Empédocles admitió la eternidad del ser, pero sin excluir la acción del *fieri*, del llegar a ser. Lo que para nosotros es el nacimiento y la destrucción, afirmaba él, en el fondo no son ellos cosa distinta de la aglutinación y la desintegración de partes esenciales o elementos, ininterrumpidamente fundidos y disgregados por dos fuerzas antagónicas: el amor y el odio. Es así como, sin trascender el mundo sensible, busca el auténtico ser y lo halla en las cuatro raíces, en los cuatro elementos, origen de todo: la tierra, personificada en Hera o Juno; el fuego, en Júpiter, Zeus o Jove; el aire, en Plutón o Edmeo, y el agua

en Nastis. Todos estos elementos tienen una existencia perdurable y permanecen inalterables en su rotación. Empédocles expuso su cosmogonía en un poema didáctico que originalmente constaba de más de 2.000 versos, pero del cual solo se conservan hoy algunos fragmentos. En un principio, este poema comprendía dos libros, a los cuales más tarde había de dar solo un título: *De la naturaleza (Peri phiseos)*. A cuanto hoy le falta a esta obra, ha venido a suplirlo, en cierto modo, la llamada *Epístola a Pitocles*, de Epicuro, que es, en realidad, una compilación del poema didáctico del agrigentino. Poema didáctico éste, escrito en estilo arcáico, rudo a veces y árido en ocasiones, pero de pronto iluminado por el destello de una tremenda pasión. En él, Empédocles, como queda dicho, admite el ser eterno, pero sin caer en el panteísmo de los eleáticos ni en la inmanencia o inmutabilidad de Parménides y sin negar el devenir, el *fieri*, de Heráclito.

Pero es evidente que en su concepción filosófica del mundo se perciben ecos de las ideas órfico-pitagóricas de la inmortalidad y de la metempsicosis, que casualmente tuvieron vigencia en el sector italo-siciliano durante el siglo V. Porque, como también antes se dijo, cuanto para el hombre es nacimiento y eversión, en el fondo sólo es unión y segregación de los ya nombrados elementos, continuamente aglutinados y disgregados por las dos fuerzas antagónicas del amor y del odio: de *Philotes* (principio externo) y *Neikos* (principio interno). En una palabra, según Empédocles, nada nace ni nada muere. Todo se compendia en el eterno retorno de los seres y las cosas. Ese eterno retorno que obsesionó a Nietzsche y a Hölderlin, cuando aquel se debatía con su locura en Sils María y el otro con la suya en la desolada torre levantada a orillas del río Neckar, donde el carpintero Zimmer, su último y único amigo, lo acogió para que allí pudiera por fin descansar para siempre.

El, adolorido y atormentado poeta del eterno retorno, quien, en los últimos días de su vida, se hizo llamar simplemente Scardanelli. Su locura —ráfagas alternas de luz y sombra— nunca le permitió escribir la versión definitiva de su tanteante drama *La muerte de Empédocles*. Muerte que tanto le obsesionó en sus últimos días y que acaso le hizo desear el cráter de un remoto volcán para arrojarse allí y reintegrarse al Olimpo de los dioses, de donde, en cierto día aciago, fue arrebatado. Qui-

zás soñaría con una remotísima catarata de un remoto país tropical, apenas imaginado y misteriosamente vislumbrado, donde antes de lanzarse a la sima llevado de la mano por su locura, y para cumplir un rito inveterado de la comarca, dejaría sobre una piedra empotrada en la orilla del abismo, uno de sus *Últimos himnos (Späthymen)*, postrer testimonio conmovedor de una misteriosa conversación interrumpida, y ahora reanudada con los dioses.

EMPEDOCLES, SU MUERTE

En sus *Vidas de filósofos más ilustres*, dice Diógenes Laercio que acerca de la muerte de Empédocles circularon en su época diversas versiones. Pisianacte refiere al respecto, cómo, después que Empédocles curó a una mujer de Agrigento, de nombre Pantea, que vivió durante un mes sin movimiento (catalepsia), varios vecinos notables del lugar convinieron en que Empédocles celebrara, en un bosque cercano, un sacrificio a los dioses para agradecer tan milagrosa curación. Hecho el sacrificio, los convidados se retiraron a distintos lugares del bosque y Empédocles, solo, permaneció cerca del ara sacrificial. Al amanecer, ya no fue visto por parte alguna. No quedó lugar del bosque en que no fuese buscado. Todo inútil. Solo uno hubo que dijo haber oído una gran voz a la media noche y visto una luz deslumbradora que descendía del cielo, y nada más. Concuerdan en referir más o menos lo mismo, Hermipo e Hipoboto. Este asegura, además, que Empédocles se encaminó al Etna, a cuyo cráter se arrojó, queriendo con este acto demostrar que como era dios, los demás dioses creyeran ya llegada para él la hora de acudir a reunirse con ellos. Es decir, que con este acto quiso Empédocles refrendar su supuesta divinidad. Pero parece que esta prueba no dio el efecto deseado, pues, pasados algunos días, el volcán arrojó entre su lava una de las sandalias del agrigentino (1), fácilmente reconocible como suya, pues era su costumbre llevar sandalias de bronce, peregrino calzado de su

(1) "...Quoties Cyclopum effervere in agros vidimus undantem ruptis fornacibus Aetnam, flammaramque globos liquefactaque volvere saxa". (Virg. *Georg.* lib. I, 471-473).

Traducción: "Cuántas veces vemos al Etna, rotos sus hornos, derramar sus hirvientes olas por los campos de los Cíclopes, vomitando globos de llamas y peñascos derretidos"!

uso exclusivo. Señal esta evidente de que su cadáver permanecía en el fondo del volcán, escapando así al conocimiento de los omnisapientes dioses la muerte de quien se decía su compañero y socio en la suprema administración del Olimpo.

OTRA VERSION ACERCA DE SU MUERTE

Un río que atravesaba las tierras habitadas por los Selinantes, al arrastrar los detritos de los lugares por donde discurría, alcanzó tal grado de polución que la comarca se vio diezmada por una tan virulenta pestilencia, que no sólo causaba la muerte de los hombres, sino que a las mujeres les ocasionaba partos tan difíciles como dolorosos. Entonces Empédocles, precursor de nuestros ecólogos hodiernos, concibió y a costa suya realizó la idea de hacer confluír en el río contaminado los cauces de otros dos que por aquellos parajes corrían, logrando con esta artificial confluencia un mayor caudal de aguas puras, que vino a limpiar el cauce de toda contaminación. Cesó la peste, en consecuencia. Como demostración de gratitud a Empédocles, se celebró un banquete en su honor en las propias orillas del río ya mundificado. Cuando el agasajado apareció, los anfitriones, junto con los invitados, se postraron para adorarlo como a dios y ofrecerle ofrendas votivas. Empédocles para reafirmar la divinidad que los suyos le atribuían, se arrojó al Etna. Heraclides, al decir de Diógenes Laercio, que refiere lo transcrito, no comparte esa leyenda, porque él sabe que el filósofo agrigentino se retiró al Peloponeso, donde murió. No falta quien asegure que, yendo en coche a Mesina para concurrir a una festividad, cayó del vehículo, se rompió una pierna y al complicársele esta fractura murió sexagenario, al decir de Aristóteles. Aseguran algunos que a la edad de 77 años y otros que a los 109. Y como si fuesen pocas las formas de muerte atribuidas al de Agrigento, Demetrio de Trezone, valiéndose de algunos hexámetros de Homero, dice que Empédocles se ahorcó con una soga atada a la más cimera rama de un altísimo guindo. Telauges, a su turno, escribió una carta en la cual narra que el autor de *Las lustraciones*, siendo ya viejo, cayó al mar y se ahogó. Por último, un poeta anónimo, comentando tan diversos géneros de muerte, se pregunta cómo es posible que aún se vea su sepulcro en Meyera, después de haberse arrojado al Etna o de haberse ahogado en el mar, lugares de donde nunca su cuerpo fue rescatado.

Finalmente, Empédocles exclama, cuando en su libro *Katharmoi* habla del eterno retorno de los seres y las cosas —manes de Nietzsche—:

“Ciertamente alguna vez llegué a ser muchacho, y muchacha otra vez,
Ya tronco fui, ya ave agorera, ya pez en el fondo marino”.

*“Ede gar pot’ego guenomen koyros te korete,
Zammos t’oionos te kai exalos ellopos ictys”.*

Si este preámbulo no lo ha dejado exhausto, puede, ahora sí, el lector entretenerse en la lectura de la bien documentada fábula de Georges Fradier: “Empédocles en Bogotá”, traducida con la exclusiva intención de contribuir a la antología de libros y autores extranjeros —antiguos o contemporáneos— que, de paso o detenidamente, se han ocupado de Colombia o de sus gentes, crestomatía literaria iniciada hace rato por el espíritu inquieto e inquisitivo de Daniel Samper Pizano.